

REGIONES-ESTADO, CIUDADES-TERRITORIO

Las contradicciones de la ciudad burguesa iniciadas a finales del siglo XIX ponen de manifiesto que el desarrollo espacial de la ciudad, dentro de los esquemas del *industrialismo acelerado*, hacen inviable cualquier gesto de reformismo urbano. La crisis urbana solicitaba a principios de siglo una teoría de la ciudad donde poder corregir los desastres de la aceleración. La *planificación radical* embestía con presupuestos teóricos para reconstruir la ciudad perfecta o redescubrir la polis civil;



CIAM...) aspiraba a formalizar un buen diseño; la moderna concepción planificatoria se concibe como instrumento integrado en el engranaje productivo del proceso económico.

Tres son los apartados básicos en los que ha desembocado la crisis abierta en la ciudad burguesa de finales del siglo pasado:

- Necesidad de controlar el suelo urbano por una gestión colectiva.
- Ampliación del campo planificatorio más allá de los límites de la ciudad burguesa.
- Cambio cualitativo por lo que se refiere al entender el planeamiento como un bien de producción.

Planificación económica «versus» teoría urbana

El plan, instrumento de cobertura teórica que amparaba la especulación del suelo con tanto descaro, deja de ser una abstracción geométrica al servicio de los intereses que generaba la plusvalía del suelo para convertirse en un *indicador* de bienes de producción urbana. ¿Al servicio de qué intereses?. ¿Se podrá entender esta alternativa planificatoria, dentro de los esquemas del capitalismo tardío, como un nuevo instrumento actualizado ante la complejidad del crecimiento metropolitano industrial y tecnológico?. Son preguntas aún por aclarar; de aquí la importancia de quien o quienes controlan los procesos de planificación, pues la existencia de una nueva forma urbana, su carácter, función, medios, finalidades y contenidos está en sus manos.

La escasa operatividad que tuvo el debate teórico y conceptual de la ciudad frente a la profunda preocupación por los fenómenos de naturaleza económica abrieron a mediados de los años cincuenta la polémica en favor del papel fundamental que desarro-



llan en la ocupación del territorio los *fenómenos económicos y sociales*. La esfera económica como *categoría autónoma* respecto a las diferentes relaciones sociales es un hecho sabido y admitido desde los siglos XVII y XVIII; la autonomía económica fue discutida con precisión por Marx bajo la óptica de las fuerzas productivas, y por Weber como proceso de las motivaciones religiosas. Estos presupuestos autónomos de la economía se ven acosados en nuestros días por variables que en el campo de la planificación requieren de nuevas consideraciones teóricas y de una verificación con la realidad, del mismo modo que la autonomía del plan o la especificidad de lo arquitectónico como respuestas globales para construir la ciudad,

pues como es sabido el *mercado* en las sociedades del capitalismo tardío ya no es quien controla la *producción*, sino la producción quien condiciona el mercado.

La ciudad acusa en su organización espacial y su distribución de usos y funciones las decisiones que se derivan del anterior axioma: la *producción domina el mercado*. Esta circunstancia provoca una mezcla extraña, que Galbraith definió con bastante precisión al contemplar la profusión de objetos individuales (desde la televisión al coche) con la miseria de infraestructuras y servicios de usos colectivos. *Riqueza privada y pobreza pública* son constantes de una contradicción que reproduce la ciudad contemporánea. ¿Cómo afrontar la nueva dimensión y contenido de

la ciudad, donde la riqueza privada se equilibre con la pública?. ¿De qué forma encauzar los bienes privados para que nos desordenen y destruyan los públicos?.

Una primera aproximación nos plantea necesariamente un requerimiento a nivel filosófico, una reflexión sobre las propuestas y cuestiones de lo que se presenta como un nuevo humanismo, referido a la sociedad industrial-tecnológica y a la esencia y definición de la ciudad hoy. Esta aproximación requiere de unos enunciados precisos del *contenido de la ciudad*, de su *nueva escala*, de la coherencia y equilibrio en el exceso de producción, de un análisis de las macroeconomías de congestión de los costes y tensiones sociales que provocan la actual anarquía espacial urbana, del equilibrio entre capitales materiales y capitales personales, aproximación filosófica que lleva implícita una teoría de *ruptura con la forma de producción actual de la ciudad* y una *estrategia de acción* contra quienes favorecen su coyuntura pragmática.

Vivimos en España un período de adaptación a un nuevo modelo de sociedad, acentuada en muchas de sus propuestas por esquemas específicamente de tratamiento político, elevando la política a una categoría tan autónoma como lo fue la economía. Por lo que se refiere al tratamiento de la ciudad, no se vislumbra la menor inquietud en adecuar los nuevos esquemas territoriales, que se esbozan desde las denominadas autonomías, en la futura estructura urbana que ha de significar el desarrollo de la ciudad.

No se define, pero se intuye que bajo los presupuestos autónomos (administración y políticas de desarrollo de las comunidades regionales) subyace un modelo *reducido de Estado*, cuyo asentamiento está reclamando un modelo de *ciudad territorial* que va más allá de las sim-

ples coordinadas autonómicas y se enfrenta de lleno con el problema de definir el *objeto y función* que a la ciudad se le va a asignar dentro de los esquemas de la moderna sociedad tecnológica, lo cual comportaría, entre otros, los siguientes apartados:

— Análisis del modelo político. ¿Por qué tipo de sociedad?.

— Desarrollo de la ecuación económica.

— Predominio y equilibrio de bienes colectivos frente a bienes individuales.

— Planificación de la distribución de asentamientos. Política de empleo, implantación de infraestructuras y su consecuente desarrollo.

Demandas de una nueva forma de ciudad

— Formalización física. Diseño territorial y urbano de acuerdo con el medio natural y distribución espacial de los bienes públicos.

Las relaciones entre *región-Estado* y *ciudad territorio* necesitarán para un desarrollo coherente de unos límites y de un control partiendo de la ciudad existente, pues es obvio que el equilibrio del crecimiento urbano asentado en el territorio precisará de unas pautas de organización del espacio en unidades limitadas que permitan retroceder a escalas urbanas aceptables, frente al colosalismo y crecimiento ininterrumpido de nuestras ciudades en la actualidad.

Los conceptos de autonomía en las sociedades modernas, por lo que respecta a los asentamientos territoriales de la ciudad, han de responder a la demanda que subyace entre estructura social y naturaleza humana, más según los presupuestos de equilibrio *naturalista-biológicos* que *pragmático-mercantiles*. No será necesario recurrir a ejemplos

recientes en el país; el desarrollo de la ciudad en la España contemporánea ha crecido en base a una ocupación territorial básicamente especulativa, alejándose de cualquier objetivo histórico de *transformación social*.

El crecimiento de nuestras ciudades se ha visto integrado en un *modelo centralista inmobiliario*, en el que se ha manipulado el concepto de propiedad privada como un elemento de atomización social y de enfrentamiento con todas las actividades de la vida. ¿Por qué extrañarnos de la violencia física si no hace más que reproducir la violencia ambiental y su correlato de miserias urbanas?. El espacio que se construye hoy en la ciudad de España sigue siendo un bien negociable que permite cualquier violación de los derechos urbanos.

Los movimientos sociales más radicales apoyados por los avances tecnológicos se enfrentan, dentro de los países del capitalismo tardío, contra los esquemas más estereotipados de la sociedad burguesa; no resulta extraño observar el descrédito a la valoración de la competencia, valor tan significativo en el esquema burgués, o temas como la ética del trabajo, la libre empresa... Una toma de conciencia generalizada, cada día de mayor audiencia, reclama con intensidad *espacios liberados* en la ciudad donde se permita una mayor intimidad personal, mejores relaciones y ámbitos para la vida comunitaria, independencia material de la economía de mercado y un diseño de espacios en la ciudad que provoquen y faciliten alternativas sociales nuevas.

En este contexto se pueden explicar muchas de las acciones de los movimientos vecinales, de agrupaciones como Arquitectura Popular, Parque Popular, movimientos revolucionarios ecológicos..., que en la década de los setenta se presentan como frentes populares en la conquista

de los derechos de la ciudad, haciendo patente un principio de la ciencia urbana ya evidenciado en muchos de sus análisis críticos, según el cual no existe solución para la ciudad a partir de una sociedad en mercado de expansión.

La ineficacia que significó el modelo centralista de ciudad que con tanta uniformidad se ha prodigado en el país no puede tener lugar en el marco de una sociedad que se inicia en los principios democráticos, ni debe tener opción a incidir sobre los presupuestos teórico-prácticos de la nueva ciudad. Estas circunstancias indudablemente comportan una toma de posición y una definición clara de objetivos de aquellos grupos empeñados en evolución coherente y racional del espacio urbano.

En este sentido, el desarrollo de la *ciudad-dormitorio* dentro de la región-Estado ha de tener su origen en la conquista, primero, y la remodelación, después, de la ciudad actual;

conquista de espacio colectivo, hoy marginado; recuperación del sentido de *posesión* de estos espacios en la actualidad apropiado por los promotores y especuladores de la ciudad.

No sería muy arriesgado señalar que la práctica de una gestión recuperadora de la ciudad ha de iniciarse desde los supuestos de una *acción sobre la ciudad existente*, mediante un plan de imaginación creadora sobre el uso comunal de estos espacios. Una acción que, partiendo de las iniciativas locales, fomenta el intercambio comunal y la ayuda interpersonal, modernizando áreas subdesarrolladas en la propia región, mediante el soporte tecnológico de las más avanzadas. Una acción para provocar la nueva conciencia que incorpore los vínculos comunitarios activos y permita a las gentes poder descubrir el valor de los ideales sociales que posibiliten el desarrollo de la imaginación creadora como forma colectiva de actuación...

Es evidente que al lado de estas consideraciones de índole filosófica se hacen patentes las contradicciones físicas de la *anticiudad* que vivimos. La ciudad hoy está cerrada, parece haber concluido su evolución histórica y necesita de un salto cualitativo que la haga habitable para las nuevas demandas: aldea, polis, fortaleza, burgo, ciudad industrial, megalópolis, ya no son ciudades, sus modelos hacen patente la anticiudad, evidencian la disolución psíquica que representan sus aglomeraciones y manifestaciones de modo elo-cuente la reproducción de formas urbanas sin contenidos humanos.

Construcción del modelo regional

La construcción de un modelo que distribuya el espacio regional de manera óptima ofrece sin duda dificultades tanto a nivel teórico como de verificación en la realidad.

¿Cuál es el sistema urbano de mejor calidad?. ¿A favor de qué desarrollo económico e implantación tecnológica?. ¿Cómo localizar la distribución de asentamientos?. Ordenar la región como un Estado va más allá de las simplificaciones con que a veces se adorna la retórica política en sus dilaciones autonómicas. Planificar la autonomía de una región comporta, entre otras consideraciones:

- Reconstruir la vida urbana en un entorno natural.
- Incorporar la naturaleza como proceso de la experiencia humana (desde el trabajo al juego).
- Desarrollar sistemas de ecotecnologías que eliminen las tecnologías destructoras actuales.
- Ordenar el equilibrio territorial con regiones limítrofes que produzcan servicios de modo eficiente y superen determinados anacronismos históricos.



— Enunciar una política de *planificación nacional*, moderando el consumo de bienes privados con el de bienes públicos, asegurando una estabilidad de *desarrollo global*, tanto en términos económicos, sociológicos como de incorporación a las decisiones colectivas.

En la actualidad se tiende a abandonar las viejas tesis de asentamiento geográfico como dato específico (localización de los asentamientos regionales en territorios planos y uniformes) por unos modelos más amplios que puedan incorporar de modo positivo *las funciones sociales de preferencia*, población, empleo y rentas.

Este modelo tiende a determinar los *centros y lugares* como focos donde existan condiciones favorables para desarrollar determinados bienes y servicios en una espacialidad ambiental adecuada, combinando la concentración de determinados servicios de infraestructura con la descentralización de otros bienes (escuelas, transportes). La *región-Estado* es una demanda de la Administración y una necesidad para la planificación en las sociedades industriales avanzadas, cuyo origen proviene de la *nueva reorganización social de las fuerzas productivas* y cuya ubicación requiere el asentamiento urbano en estructuras puntuales del territorio.

La ciudad territorio deberá entenderse como un *modelo social de preferencia* que facilitará el desarrollo y evolución del orden social, la adaptación al lugar y la distribución equilibrada de los ciclos de producción, intercambio y consumo. Sin duda, la *ciudad-territorio* y la *región-Estado* son presupuestos político-económicos que están condicionados por las tres variables clásicas de las que depende la economía mundial:

- Las tendencias demográficas de la región y regiones próximas o distantes.
- Cambio tecnológico.

— Recursos naturales básicos.

Están distantes los tiempos en que planificar la ciudad era puro objeto de diseño, abstracción geométrica o ilustración grabada de esquemas y diagramas. Problemas como la energía, el medio ambiente, desempleo crónico o formas de vida más gratificantes van a ser en el futuro fenómenos sin duda que van a necesitar de *políticas graduales de actuación*. Políticas y políticos de compromiso directo con problemas específicos, más que de gestos diferidos en torno a sueños totalitarios de felicidad.

Se podrá objetar, lo cual es cierto, que la solución a escala nacional en la sociedad actual carece de datos operativos y estrategias globales, pese a tanto discurso tecnocrático, pero no es menos cierto que estamos ante un nuevo encuadre de formas sociales inéditas que van a favorecer nuevos modos de trabajo, de producción y de formas de vida que permitirán integrar el amplio espectro de medios técnicos (desde la informática a las nuevas energías básicas), y es de suponer que para adquirir cada día más libertad y equidad en la convivencia humana.

El Estado centralizado, cuyo modelo reproduce con tanta fidelidad la ciudad centralista, nos ha enseñado a ver: que no es racional, sino racionalizado; no administra, se burocratiza; no es un arquetipo a imitar, sino un estereotipo a excluir; no reproduce, por cuanto se refiere a la ciudad, tejido urbano, sino que acelera desequilibrios ecológicos. Evidencia y escenarios nos sobran en nuestro propio entorno.

De la ciudad medieval se ha dicho que se construía como un lugar para vivir; la ciudad burguesa, como ámbito de trabajo e intercambio; la ciudad industrial, como marco para producir y consumir. Contrariamente a lo que muchos llegaron a creer y casi demostrar, el capitalismo mer-

cantil transformó los bosques en terrenos de pastos, el incipiente capitalismo industrial confiscó los terrenos de pastos para transformarlos en solares donde instalar las fábricas y al proletariado, eso sí, previa institucionalización de las plusvalías de cambio; el capitalismo monopolista llegó más lejos, pues ha destruido los principios morales, económicos, sociales y humanos que controlaban el crecimiento y desarrollo de la ciudad.

Se impone por tanto una nueva actitud para unos postulados nuevos de ciudad. Su proyecto no puede ser considerado como simple objeto de fe tecnocrática; la ciudad, tal como se construye en la actualidad, es un subproducto de la sociedad económica vigente; el «homo economicus» está destruyendo al «homo collectivus» tradicional. Estas consideraciones no son un reto; sencillamente, nuestro proyecto colectivo.

Antonio Fernández Alba
El País: 5 Agosto 1979

